

presente. La lista podría ser más larga, porque en esa enumeración que se canta está la justificación de la existencia: “la brújula de los que fueron es nuestra única brújula”. La relación poética con los personajes de la vida cultural del país, son solo ausencias y “hay tantas ausencias repetidas/ que ya no se nombrarlas”, ha dicho la autora de *Material de guerra*.

La ciudad cantada es también ausencia, lugar del diluirse de un país que se halla detrás de la bruma: “Ya no hay puentes/ ni parques./ La ciudad ya no está/ y nosotros con ella/ somos apenas/ un pedazo de papel periódico...”.

En su concepción poética, Ana Mercedes Vivas contemporiza con el teatro clásico inglés y establece entre Shakespeare y los sucesos colombianos de la Guerra de los Mil Días, una referencia universal sobre la muerte, donde su abuelo, protagonista del pasado, el coronel conservador Joaquín Vieira, representa el código de honor, ese mismo valor que Shakespeare busca restablecer cuando en una escena un rey sostiene en los brazos a su tambor mayor caído en la contienda porque el

monarca, como cualquier colombiano hastiado de los conflictos, pide al cielo que no se violen con la muerte de niños, las reglas de la guerra.

La poética de Ana Mercedes Vivas incorpora otros fantasmas, los de la inseguridad, los de un mundo que no tiene asidero en su construcción y de ahí que en una síntesis de sentimientos, pueda establecer las coordenadas del viaje de la incertidumbre: “A veces uno se hace el loco.// Cuando vemos pasar la muerte...// Cuando tenemos miedo/ de ser profundos/ y deslizarnos/ por la espiral del pozo,/ que esconde/ en su último círculo/ una rosa de óleo/ abierta”.

Para el futuro, cuando la historiografía busque establecer la dimensión de los sentimientos de una nación que con frecuencia recurre al naufragio de la guerra, no hallará mejores evidencias en los tratados políticos, económicos o sociológicos, como las que están en la poesía, único lugar donde todas las respuestas se podrán hallar con mayor certeza por ser “ese territorio/ donde se acaban/ las preguntas”.

**bojas Universitarias.....**

# Aquellas pequeñas cosas, de Órinzon Perdomo\*

En el prólogo al libro *Aquellas pequeñas cosas* de Órinzon Perdomo, Juan Manuel Roca dice: “Ya el poeta, desde la irrupción más clara de la lírica moderna (salud Baudelaire) no se conmueve solamente con los ocasos, ni con las torres almendradas del castillo. También se maravilla ante el armario y los pequeños torreones de la ropa guardada en ese cofre mágico donde el yo se viste y se desviste”. El descubrimiento de lo elemental ya lo había hecho de igual modo en nuestro patio Pablo Neruda y más atrás en el tiempo, con el descubrimiento de las lentes, los holandeses se habían sumergido en lo micro, en ese espacio hasta donde solo el ojo de Dios huía de los grandes templos de la antigüedad y de las enormes catedrales del medioevo. Y ahí, en medio de la miniatura, Botichelli y Durero cincelaban y dibujaban con sus enormes ojos puestos sobre pequeños mundos. Era la pelea que los mercaderes, con la mercancía botada en puertos, tiendas, ferias y mercados, le ganaba a los abates que solo querían conocer de lo intangible y universal.

En esa línea de lo objetal se mantiene la poesía de Órinzon Perdomo. Va y viene por la habitación hasta lograr que las cosas tengan uso. En la suma de los seres inanimados el poeta logra su reino. Por ello, las ventanas se convierten en la “rama de la que sirven/ los pájaros y los hombres/ para ver morir el tiempo”. Establecido el inventario, lo ignorado adquiere la importancia que merece. Su utilidad, desde luego, solo se percibe en la



dimensión que otorga la imagen hecha ensueño por la gracia de la poesía. A la celosía se le otorga ánima de Celestina, a las ventanas, esencia de agua detenida, a la puerta perfil del viento que hace el milagro de los muros, a la mesa el presagio en el que trenzan su música los alimentos. Y así poco a poco, la casa de papel que es libro, se puebla: silla, vaso, espejo, ducha, ropero, biblioteca, almohada, cama. Cada objeto aparece y se queda con su doble, con su imagen, su fantasma de palabras, no para habitar, sino para que nos habite con palabras, con ese encadenamiento de la cotidianidad que ha sido burlada del olvido por la poesía.

**bojas Universitarias.....**

\*Órinzon Perdomo, *Aquellas pequeñas cosas*, Bogotá, Editorial Universidad Central, 2001, 115 pp.